



Año VI

Madrid 15 de Marzo de 1883

Núm. 106

## SUMARIO

I. Consumatum est. — II. La tempestad. — III. El Gólgota. — IV. El pañuelo blanco. — V. Gólgota. — VI. Nuestro grabado. — VII. Extracto del discurso del Excmo. Sr. Don Víctor Balaguer, leído en la Real Academia Española el día 25 de Febrero de 1883. — VIII. Historia de las columnas.

## CONSUMATUM EST

Se acercan, mis queridos amabilísimos lectores, aquellos días tristes en que el espíritu del hombre se recoge dentro de sí mismo para pensar una vez siquiera en Dios, y ver escrito con caracteres de fuego en lo más íntimo de su conciencia el eterno agradecimiento que debe al sublime Mártir del Gólgota.

La Iglesia se prepara, durante esta época, á conmemorar la terrible tragedia del Calvario; los fieles acuden presurosos á derramar una lágrima de reconocimiento al pié

de los altares; la humanidad toda parece como que en estos días se regenera y cree. El mismo furibundo ateo que se atreve á negar con los labios la existencia de un Dios que se presenta grande, infinito, eterno á sus ojos materiales, cuya idea tiene indeleblemente grabada, aunque le pese, en lo más profundo de su alma..... hasta este desgraciado, que no quiere creer en nada y que vive indiferente á todo cuanto le rodea, no puede arrancar de su pecho el agudo aguijón que le atormenta, y se revuelve airado contra sí mismo, y, ya que no es capaz de bendecir á Dios, maldice la mortal angustia que le aqueja, el doloroso estado de su ánimo. ¡Infeliz ateo!

Sabeis, carísimos lectores, que Jesús fué el encargado de sembrar por el mundo la nueva doctrina, gérmen de regeneración y de progreso, que había de transformar por completo la condición abyecta y miserable de la sociedad de aquellos tiempos.

Comienza su misión divina recorriendo, sin oposición en un principio, la inmensa mayoría de los pueblos y comarcas del

orbe, dando saludables consejos, enseñando con el ejemplo, sentando, en fin, los principios filosófico-morales por que se habían de regir todas las naciones de la tierra. «Amáos los unos á los otros,» iba diciendo nuestro Salvador, cuyo sublime principio encontró luego honda y tenaz resistencia en las muchedumbres, hasta el punto de ser impiamente desconocido por casi todos los que momentos ántes habían admirado el fondo de bondad eterna y de infinita sabiduría que contiene.

Es que había llegado la hora de que se cumplieran las profecías.

Jesús entra triunfante en Jerusalén; la ciudad Santa se dispone á recibirle, dando muestras de indescriptible entusiasmo, regando de flores sus calles para tender una alfombra al paso del Divino Maestro; el júbilo y las aclamaciones suben de punto cuando penetra en la ciudad..... pero, ¡ay! que el ángel de la muerte debía oponerse á su camino; la profecía tiene que cumplirse: ¡Jesús será crucificado y muerto ignominiosamente!.....



De pronto circula por toda la ciudad un rumor sordo, que poco á poco crece, y sube, y se ajiganta como las hirvientes olas del mar.

La calumnia vá tomando asiento en aquellos corazones, dispuestos sólo á dar oídos á las ruines intrigas de los sacerdotes y fariseos.....

Al fin se reunen en Congreso los ancianos, los sacerdotes, los fariseos, los magistrados, los representantes de la autoridad y de la ley, para decretar la muerte del inocente y divino reformador de la sociedad.....

Jesús ora arrodillado en el Huerto de Getsemaní, cuando el religioso silencio del acto es turbado por el confuso tropel de varios hombres, en cuyos ojos relampaguea la ira, y cuyas armas brillan con el siniestro fulgor de la venganza no justificada. El humilde penitente es preso y conducido, cual vil ladrón, por aquella furiosa y desenfrenada multitud á la casa de Caifás, el cual le condena á muerte por blasfemo y traidor infame.

De entre aquellos corazones empedernidos surge todavía una voz clemente que reconoce la inocencia de Jesús, y le declara exento de responsabilidad.

¡Inútil protesta! La voz del presidente se pierde en el vacío; nadie le atiende, ni le escucha siquiera. Entonces dijo: «Vosotros os hareis solidarios de tan inaudito crimen; yo lavo mis manos.»

Y aquel pueblo frenético, delirante, ardiendo en deseos inicuos, criminales, acepta la responsabilidad de hecho tan brutal é inhumano, prende ferozmente á la víctima, la empuja, la avasalla, la hiere, y á empujones la conduce á la cima del Gólgota, á donde llega Jesús rendido y jadeante de fatiga.

Allí lo elevan sobre afrentoso patíbulo en forma de cruz, taladran sus piés y manos, hacen que brote de su costado la sangre, y mientras más corre ésta más aumenta el gozo y la satisfacción de aquella horda salvaje de asesinos.

Jesús sufre..... sufre horriblemente; pero no exhala una queja, no rechaza el martirio, ántes por el contrario, sonríe lastimosamente, diciendo: «Si he hablado mal, demostrádmelo, y si he hablado bien, ¿por qué me maltratais de esta manera?»

Nuevos inhumanos golpes merecen por toda contestación sus sencillas y elocuentes palabras; pero Jesús no se irrita, y cuando vé que los verdugos tratan de repartirse sus vestidos, exclama: «Padre mío, perdónalos, que no saben lo que se hacen.» Y cuando más adelante, en medio de tanta crueldad, se siente próximo á la muerte, añade: «En tus manos, Señor, encomiendo mi alma;» y, por fin, al lanzar el último suspiro, dice con mortal acento: *¡Consumatum est!*..... ¡Todo se ha consumado ya!

Efectivamente; se consumó el cruento sacrificio, pero se salvó también la humanidad.

Desde entonces brotó la igualdad social en todo el esplendor de su pureza, rompieron sus cadenas los esclavos, cayó para siempre la ignominiosa institución de las castas, se estableció el reinado del derecho, se escribió el código inmortal de las costumbres, la mujer recobró su dignidad perdida, desapareció el imperio de los déspotas y el divino Sol de la equidad y de la justicia alumbró con sus vivísimos destellos el sombrío corazón de los mortales.

¡Todo, todo se había consumado!

A. Gamasco y Alvarez

## LA TEMPESTAD

### I

Mil nubes se condensan  
Allá en el horizonte;  
Corona el alto monte  
Terrible oscuridad;  
Y agítase en la atmósfera,  
Con ímpetu violento,  
El sordo y triste acento  
De ronca tempestad.

### II

El cielo se encapota,  
Las nubes se entrelazan,  
Y rápidas abrazan  
La inmensidad azul;  
Y chocan sus furiosos,  
Y crecen, y se irritan,  
Y allá en su sér palpitan  
Formando un denso tál.

### III

Relámpagos brillantes  
Fulguran en el cielo,  
Prestando al triste suelo  
Verdosa claridad;  
Y truenos sostenidos  
Retumban al acaso,  
Marcándoles el paso  
La fiera tempestad.

### IV

Desgájanse las ramas  
De añosos vegetales  
Que miles vendabales  
Quisieron respetar,  
Y en vértigo violento  
Furioso torbellino  
Arroja en el camino  
Las cañas del maízal.

### V

El agua en la montaña  
Bajando velozmente  
Al rápido torrente  
Aumeta su caudal;  
Y surge la avenida  
Que pronto el cauce ensancha,  
Y en hórrida avalancha  
Convierte su cristal.

### VI

¡Oh, fuerza sobrehumana!  
¡Oh, impulso de gigante,  
Que forma en un instante  
La negra tempestad!  
Bien claro manifiestas  
En formidable trueno,  
Que llevas en tu seno  
De Dios la inmensidad.

Retíranse las nubes  
Con raudo movimiento,  
Serénase del viento  
La fuerza sin rival;  
Y allá, en el horizonte,  
Tranquilo y dulce ahora,  
Se muestra de la aurora  
La hermosa claridad.

Juan Montesin y Soto

## EL GÓLGOTHA

El monte que hoy lleva tan augusto y venerable nombre, situado á algunos centenares de pasos de Jerusalén, era hace dos mil años una montaña, ó más bien, un montecillo seco, pedregoso, árido, sin vida y sin vegetación.

Los judíos hacían ejecutar en él los criminales condenados á muerte; y á fin de que todo el pueblo pudiese asistir á aquel espectáculo, había una plaza entre el monte y la muralla de la ciudad.

Lo restante del monte estaba rodeado de jardines, y uno de ellos pertenecía á José de Arimatéa, discípulo secreto de Jesucristo, que había hecho labrar para sí mismo un sepulcro, en donde fué colocado el cuerpo del Salvador.

No acostumbraban los judíos á enterrar los muertos, como hacemos los cristianos.

Cada uno, según sus medios, hacía abrir en alguna roca una especie de nicho, en donde se extendía el cuerpo sobre una mesita de la misma peña, y después se cerraba aquel sitio con una piedra que se ponía delante de la puerta, y cuya altura, por lo regular, era de cuatro piés.

Al Oriente de la iglesia del Santo Sepulcro, en el ala derecha, detrás del coro, se encuentra la entrada del Monte Calvario.

Este lugar, que era en otro tiempo tan ignominioso, santificado después por la sangre de Nuestro Señor, fué objeto de la predilección y cuidado de los cristianos, que, después de haber quitado todas las inmundicias y la tierra que había encima, le cercaron de paredes, de modo que en la actualidad es como una capilla alta, unida á aquella grande iglesia.

Se sube á ellas por veintidos gradas practicadas en la peña; las primeras son de madera, las últimas de piedra, y esta capilla está revestida por la parte interior de



mármol blanco, y tiene cerca de doce piés cuadrados: está dividida en dos por el arco y las columnas que sostienen la bóveda.

La parte Norte, llamada capilla de la Crucifixión, está iluminada por diez y seis lámparas y guardada por los latinos; allí fué donde clavarón á Cristo en la cruz; se observan sobre el pavimento unas manchas de color rosa, que indican el sitio que fué regado con su sangre cuando le clavarón los piés y las manos.

Confiada á la custodia de los georgianos la parte segunda de la capilla del Calvario, está ocupada por una especie de altar de dos piés de alto, siete de largo y nueve de ancho, y allí fué donde se plantó la cruz.

Todavía se vé el agujero que está abierto en la peña; es casi redondo, de pié y medio de profundidad y medio de diámetro.

El orificio está guarnecido de una lámina de cobre, con esta inscripción:

*Hic Deus, Rex noster, ante sæcula  
Operatus est salutem in medio terræ.*

El agujero estaba ántes revestido de láminas de oro y plata, rodeado de un círculo de este último metal, sobre el que se habían grabado los principales misterios de la Pasión.

Indican los sitios en que fueron crucificados los dos ladrones dos columnitas de mármol con sus cruces.

La del bueno estaba colocada á cuatro piés y medio de la de Jesucristo, y á su derecha, es decir, á la parte del Norte, y la del malo á seis piés, y á su izquierda.

Jesús tenía el rostro vuelto hácia el Occidente, y la espalda al Oriente, hácia el lado de Jerusalén.

Esta capilla tiene cincuenta lámparas; inmediata á ella hay otra que corresponde al lugar en que se hallaban la Virgen y San Juan cuando Jesucristo murió.

## EL PAÑUELO BLANCO

**J**UANA y Frasquito eran dos mozos de los más pulidos que habitaban la pintoresca villa de A..., situada en la falda de Sierra-Morena.

Élla era hermosa, de ojos negros y apasionados; él, robusto y fuerte como un roble, gallardo como un Narciso, y trabajador como él solo.

Ambos eran huérfanos desde su edad más tierna, y esta comunidad en la desgracia había hecho brotar en sus sencillos corazones ese afecto puro y tierno que, comenzando por la simpatía de las almas, concluye por la fusión completa de ellas hasta formar un sólo sér.

Miles de veces se habían jurado amor eterno al pié de los corpulentos castaños que adornaban los alrededores de la villa, y tanto uno como otro cifraban su ventura

en reunir lo necesario para que su pasión pudiera llegar al fin deseado, uniéndose en indisoluble lazo.

Mas como la pobreza es compañera inseparable de la honradez, y ambos lo eran á carta cabal, pasaban los días y los meses sin que la fortuna presentara su risueña faz á los dos amantes.

En vano Frasquito trabajaba como *un negro* en todo cuanto se le proporcionaba: las retribuciones eran tan mezquinas, que sólo podía con ellas atender á las necesidades de su persona y regalar de vez en cuando á Juana algun presente, mezquino por su valor, inapreciable por los sentimientos nobles que representaba.

Un día, á la caída de la tarde, oyéronse en las solitarias calles de la villa ruido de cascabeles y pisadas de caballos, que pronto pusieron en curiosidad á los sencillos habitantes de aquel rincón del mundo.

Una carroza, tirada por cuatro poderosos corceles, desembocó en aquel momento en la plaza pública, y al ir á girar para detenerse á la puerta de la única y mala posada que en el pueblo había, una rueda tropezó con una de las muchas pizarras que formaban el empedrado, y sin que pudiera evitarlo el mayoral, dió la carroza en tierra con sin igual estrépito, mientras dolorosos gritos salieron del fondo de ella.

Frasquito, que accidentalmente pasaba por allí, atraído por el ruido y las exclamaciones, fué el primero en aproximarse á la carroza, que ya se encontraba rodeada por larga fila de curiosos, y abriendo con fuerte mano la portezuela, vió desmayada en el fondo de la carroza una hermosísima dama, que estrechaba contra su pecho una niña de pocos años.

No vaciló mucho nuestro campesino, sino que, ayudado por otros circunstantes y con toda la delicadeza posible, sacó del coche á la dama, y la llevó á la casa de Juana, que afortunadamente era una de las más cercanas, donde fué instalada la señora en el sencillo y pobre lecho de la aldeana.

Á fuerza de cuidados y desvelos volvió en sí, preguntando inmediatamente por la niña, que después del susto sufrido, y hallando dulce acogida en el regazo de Juanita, disfrutaba de un sueño tranquilo y reparador.

Mucho agradeció la dama el cariñoso interés de la aldeana, en cuya casa permaneció hasta la total compostura de su carroza, fuertemente destrozada con el vuelco; y queriendo dar una muestra de su agradecimiento á la generosa dueña de aquella morada, y teniendo noticia además de que su salvador era el prometido de aquella, entrególe una cantidad, diciéndola:

—No os pagó, ni con mucho, el inmenso favor que me habeis hecho salvando á mi hija y ofreciéndonos vuestra morada para descanso; pero aceptad esta muestra de mi gratitud, que quiero empleis en unirlos á ese noble jóven que os ama. Tomad además este pañuelo mío. Vivo en la corte, y allí disfruto de buena posición; si algún

día os encontrais necesitada, id allá, preguntad por la marquesa de la Estrella, y presentadme este pañuelo; que si olvidado hubiera vuestros favores, su vista sola sería suficiente á recordármelos.

Negábase en absoluto la aldeana á aceptar aquel regalo, y sólo á vivas instancias de la dama accedió á ello, pensando ya en consumir su proyectada unión con Frasquito.

Largos años pasaron.

Juana y Frasquito, dichosos y felices vivían en la aldea, siendo padres de dos hermosos y robustos niños, que eran la envidia de todos, y aumentando cada día más, á fuerza de economía y de trabajo, la pequeña fortuna donada por la marquesa.

Mas como nunca la dicha es completa ni mucho tiempo dura, un voraz incendio consumió en pocos momentos todas las esperanzas de los esposos, que desde aquel instante quedaban pobres y desvalidos, teniendo que sufrir además el martirio de ver á sus hijos sin pan.

En esta situación triste y penosa, recordó Juana el ofrecimiento de la buena señora que hospedaron, y sacando el pañuelo del fondo del arca, manifestó á su marido el pensamiento que tenía de marchar á la corte para ver á la marquesa.

Trabajo, y no poco, costó á aquella madre arrancar el consentimiento á su marido, que, noble y desinteresado, creíase suficientemente pagado con lo ya recibido; pero ante el lastimoso cuadro que á su vista ofrecían hijos y esposa, accedió á ello, y pocos días después entraban en la corte preguntando por su buena protectora.

No tardaron mucho en encontrar su casa; pero, desgraciadamente, había muerto hacía dos años, y su hija, la niña salvada en años anteriores por los esfuerzos de Frasquito y de Juana, los recibió con bastante frialdad.

Expusieronle el objeto de su viaje y las esperanzas cifradas en los ofrecimientos de la marquesa, cuyo pañuelo, magníficamente bordado en sus extremos, mostraron á la ya marquesa efectiva, que si bien es cierto lo reconoció como perteneciente á su difunta madre, no entendió, ó no quiso entender, la sagrada deuda que aquello representaba.

Descorazonados en extremo, viendo tan frío recibimiento, salieron de la rica estancia atravesando largos corredores, y al ir á abandonar el último, fijóse Juanita en un magnífico lienzo que representaba á su favorecedora, casi de la misma edad que cuando élla la conoció, y parándose ante el cuadro, exclamó con sentimiento:

—¡Ah, buena señora! Si tú vivieras no saldría de esta casa tan desconsolada.

El recuerdo de su dicha perdida y la vista de la buena dama que tan generosa fué con élla, atrajeron á sus ojos tiernas lágrimas, que se deslizaban silenciosamente por sus mejillas.

Álzase de pronto uno de los *portiers* que



cubren la entrada, y un hombre, anciano ya, se detiene en el dintel, examinando aquel grupo interesante.

Cree reconocer á la madre, y al oír la exclamar las anteriores palabras, preséntase á su memoria el lance de la carroza allá en las faldas de Sierra-Morena, y llegándose velozmente donde aquéllos estaban, dijo:

— Señora..... yo creo reconoceros. ... sí, efectivamente, sois vos la que nos recogió en su casa en el pueblo de A..., y este hombre fué el que sacó á la niña y á su madre de la carroza..... Bendigo mi suerte, buenas gentes, que me proporciona el placer de veros y el de mostraros mi agradecimiento..... ¿No me conocéis? Soy el mayoral..... el que conducía la carroza..... aquél á quien también ofrecisteis casa y comida.

Ya no cupo duda alguna al matrimonio de que, efectivamente, aquel anciano era el mismo que años atrás habían visto en el pueblo con la marquesa, y le manifestaron la causa de su viaje y el resultado de él.....

— ¡Ah, buena ama! exclamó dirigiéndose al lienzo, parece increíble que sea tu hija..... ¡Tú, tan buena, y ella!..... pero, vamos..... dejemos estas cosas..... Yo tengo lo suficiente para vivir con lo que me dejó mi señora..... aquí vengo sólo de vez en cuando á verla..... me parece que vive aún. Si quereis venir á mi casa; si quereis partir mi techo y mi pan, yo lo agradeceré mucho..... tendré con quien hablar de ella. Sí..... aceptad, no vacileis — añadió, viendo que aquéllos dudaban; — ese pañuelo blanco en vuestras manos es la garantía de que no en vano se hacen favores en este mundo; que si á madres generosas suceden hijas desagradecidas, también hay servidores fieles que se creen siempre deudores de antiguos beneficios recibidos.

No teniendo nada que objetar á las sentidas frases del anciano, diéronle las gracias por su nobleza, y fuéronse á vivir juntos en casa de aquél, colocando en un marco el pañuelo bordado de la marquesa, al cual debían su actual estado de bienestar, como si aquélla, desde más allá del sepulcro, quisiera velar por los que un día la sirvieron noblemente.

*Juan Meléndez y Soto*

## GÓLGOTHA

*El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.*

(SAN MATEO, CAP. X)

Todo es tiniebla en redor;  
El cielo surca una luz,  
Un hombre sobre una cruz  
Lanza el postrero estertor;  
Con pavoroso fragor  
Se abre el abismo profundo;  
El clavado, moribundo,  
Gime con último anhelo,  
Y en sombra cúbrese el cielo,  
Y tiembla de espanto el mundo.

Alma que gime oprimida  
En el terrestre horizonte,  
Como en la cruz de aquel monte  
Vive enclavada en la vida.  
Existencia dolorida,  
Eterna crucifixión,  
Es la vida una pasión,  
Y el hombre, enclavado, siente:  
Las espinas en la frente,  
La llaga en el corazón.

Bajo el cielo suspendido;  
Sobre la tierra elevado;  
El espíritu enclavado  
En la cárcel del sentido;  
De amor el pecho encendido  
Vislumbra, con ojos yertos,  
Tras horizontes desiertos,  
Un ideal que no alcanza,  
Y tiende, en loca esperanza,  
Sus brazos en cruz abiertos.

Sed de ciencia le devora  
Y en fuego de amor se quema;  
Ama con pasión extrema;  
Saber quiere cuanto ignora.....  
Mas en vano auxilio implora;  
En mofa el anhelo aquél,  
Permite el destino cruel,  
Le hieran en la esperanza  
Del desengaño, la lanza,  
Y de la ciencia, la hiel.

¡Ay! del llanto tributario  
Vive el hombre; que es la vida  
Cual dolorosa subida  
A la cumbre de un calvario.  
Vano empeño temerario  
Es rechazar por odiada  
La sentencia fulminada:  
Humano pecho que alienta  
Es un Gólgota que ostenta  
Un alma crucificada.

*Blanca Asenjo*

## NUESTRO GRABADO

**N**os limitamos á reproducir la inspiradísima poesía del inmortal cantor de nuestro siglo con motivo del acto que representa el grabado que acompaña al presente número.

Dice así:

## LA CARIDAD

No nos dejaste, ¡oh, Cristo! cuando la grey traía  
(dora)  
en tí agotó las iras del negro Satanás.  
Donde el mendigo pide, donde el humilde llora;  
allí, Señor, estás.

Tu voz es la esperanza que nuestras almas llena,  
que extingue los profundos latidos del dolor.....  
Cuando me espanta y duele la desventura ajena,  
te siento en mí, Señor.

¡Oh, Caridad sublime! ¡oh, inspiración del cielo!  
¡oh, rayo que desciende de la sagrada Cruz,  
y esparces por la tierra suavísimo consuelo,  
resignación y luz!

¡Tú riges los impulsos del corazón cristiano!  
tú calmas de la vida la ronca tempestad,  
tú lloras con el triste, tú apoyas al anciano,  
tú amparas la orfandad!

Tú, con sereno rayo, como la luz del día,  
dilas por do quiera tu limpio resplandor;  
tú ahuyentas esa noche fatídica y sombría,  
la noche del dolor.

Tú apagas las angustias del lastimado pecho,  
las lágrimas enjugas con cariño y afán;  
tú das valor al débil, al peregrino, lecho,  
al desvalido, pan.

Recoges el aliento postrer del moribundo,  
vas, como amante madre, del desdichado en pos;  
por tí los pobres mueren sin renegar del mundo,  
sin acusar á Dios.

*Gaspar Núñez de Arce*

## EXTRACTO DEL DISCURSO

EXCMO. SEÑOR DON VÍCTOR BALAGUER

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1883

## (CONCLUSION)

**P**or de pronto, y sólo con el deseo de allegar materiales para que puedan ser útiles á los que este trabajo emprenden, he de permitirme, señores Académicos, consignar algunas observaciones y referir algunas particularidades relativas á este punto concreto, que hice un día objeto de pertinaces y predilectos estudios en tiempo para mí más venturoso.

Algo de lo que voy á decir podrá ser de algunos conocido; pero algo he de decir también hasta hoy ignorado, ó que al menos, honradamente lo confieso, no llegó á mi noticia que ántes se hubiese dicho.

Si la influencia lemosina en la poesía gallego-portuguesa está reconocida y confesada por vosotros mismos, señores Académicos, día llegará en que sea reconocida también y quede consignada su influencia en la castellana, sin menoscabo de ésta, sinó, muy al contrario, en honra suya, pues demostrarse puede que, con anterioridad á la misma Cataluña, tendió Castilla sus brazos á la poesía provenzal, dándole el calor de su regazo, siendo también debida á Castilla la gloriosa iniciativa de aprovechar el canto del poeta lemosin como medio político de levantar el espíritu público y acomodar el ánimo del país á grandes y patrióticas empresas.

Hay un hecho innegable. El habla provenzal, áun cuando no fuese más que como lengua literaria, era perfectamente conocida y hablada en las cortes de Castilla y de León. No existía aún el libro de los *Reys*





LA CARIDAD CRISTIANA — LIMOSNA EN JUEVES SANTO

Nunca mires á quién vá.  
No te importe quién la ofrece.

res-  
ce

¡ Dios dá el cielo á quien la dá !  
¡ Bendito el que la merece !



*d'Orient*, considerado como el primer monumento de la literatura castellana, y ya, sin embargo, la corte de Castilla ardía en aires y en cantos lemosines que aquí llegaban de Provenza y de Gascuña, y con ellos poetas no ménos insignes por ser hoy ménos conocidos, poetas á quienes acogían con entusiasmo los Reyes, las damas y los barones, y á quienes honraban y festejaban con singular predilección, como jamás lo fueron en la misma Cataluña.

Desde el siglo XI, es decir, desde la época de Guillermo de Poitiers, el primer trovador conocido, vienen encontrándose en Castilla huellas, vestigios, noticias de trovadores provenzales.... Registrando manuscritos, compulsando datos, leyendo, ó mejor dicho, deletreando, mejor dicho aún, escudriñando las poesías originales de los trovadores, es como he podido encontrar datos inestimables, no consignados todavía en la historia, los cuales me permiten asegurar que los trovadores tuvieron grande influencia, y muchos de ellos gran privanza, en las cortes de Leon y de Castilla.

Cuando Alfonso VII proyectaba su empresa de armas contra Almería, acudió, lo primero de todo, á un trovador provenzal, como elemento de propaganda, según ahora, por ejemplo, se acudiría á la prensa para sondear la opinión y levantar el espíritu público á favor de una empresa patriótica.

Vivía entonces Marcabré, uno de los más antiguos poetas provenzales que se conocen, y vivía seguramente en Castilla.

Á él se acudió, y hubo de dársele el encargo de componer un canto para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso VII.

Compuso Marcabré su canto. Es aquél que empieza:

«Pax in nomine Domine.  
Fes Marcabré los mos e'l so.  
Auiatz que di.»

«*Paz en nombre del Señor. Es Marcabré quien hizo este canto, letra y música. Oid lo que dice:*»

Por una coincidencia digna de notar, este canto es el primero de los *serventesios* políticos que se conocen—pues sólo más tarde aparecen los flagelantes y virulentos *serventesios* de Beltrán de Born—debiéndose por lo mismo al espíritu de Castilla el origen de este género de poesía y el origen también de este género de composición política entre los trovadores.

Los juglares, es decir, los cómicos de entonces, partieron enseguida para propagar la poesía, que iban cantando por cortes y castillos, por pueblos y comarcas, tratando de provocar el entusiasmo á favor de la empresa que proyectaba el Monarca castellano.

No hubo de obtener el canto de la *Piscina*, como así se le llama, gran resultado

entre los barones de allende los Pirineos, aún cuando parece que lo obtuvo completo en Castilla, donde todo induce á creer que Marcabré era popular. El poeta escribió entonces un nuevo canto (*Empeaire, per mi mezes*), dirigido esta vez al Rey y á los varones castellanos. En el combate la conducta de los que han sido sordos á su primera invitación, les acusa de cobardes, egoistas y traidores, alienta al Emperador (Alfonso VII) «en quien vé crecer cada día más la prez y la valía,» y le incita á llevar á cabo su empresa con sólo el auxilio de los catalanes.

Según se vé y se deduce, debía esta poesía cantarse á coro por masas de pueblo y de soldados, en las aldeas y lugares de Castilla, provocando el entusiasmo público á favor de una empresa que se realizó y obtuvo el éxito más completo, para gloria de sus capitanes el Rey D. Alfonso y el conde Berenguer IV de Barcelona.

Ya, después de Marcabré, los trovadores son numerosos en Castilla y en León. Se les encuentra ocupándose de cosas de estos reinos, interviniendo en sus asuntos, influyendo con sus poesías (sus artículos de periódico, diríamos hoy), en determinadas soluciones políticas, dando consejos á sus Reyes, criticando ó elogiando ciertos hechos públicos, deprimiendo ó apoyando las empresas y proyectos que se realizaban ó atribuían á sus gobernantes, tomando parte en los duelos, en las alegrías, en los desastres, en los triunfos y en las glorias del pueblo castellano.

Así vemos, por ejemplo, que no nacidas aún las musas castellanas, es la lira provenzal de Pedro de Auvernia la que entona un canto de alabanza en honor de Sancho III al subir éste al Trono que sólo pocos meses debía ocupar (*Bel m'es quan la rosa floris*); así vemos al famoso Beltrán de Born dirigir á Alfonso VIII *el de las Navas* uno de sus mejores y más varoniles *serventesios* (*Miez serventes vullhfar*) para empujarle á intervenir en los asuntos de Provenza; á Folquet de Marsella lamentar en levantadas estrofas la rota funesta de Alarcos, pidiendo á los pueblos y á los Reyes que se alzarán en favor y auxilio de Castilla y de su noble Monarca (*Hueimais noi conosc razó*); á Giraldo de Calansó confundir su llanto con el del pueblo castellano para dedicar una sentida elegía á la muerte del Príncipe D. Fernando (*Belh senhor Dieus*); á Gavaudan *el Viejo* profetizar la jornada gloriosa de las Navas, en la cual tomó parte como soldado (*Profeta serc en Gavaudas*); á Aymerico de Peguillá recordar su estancia en Castilla en unos versos que debían ser inmortalizados por el Petrarca (*En Castela, el valen reg M'Anfós*); á Pedro Vidal predicar la unidad y la integridad de la patria española, reprochando duramente á los Monarcas españoles sus odios y rencores mutuos y pidiéndoles su concurso para combatir al enemigo común hasta que España fuera una y tuviera una sola ley y

una sola fé (*Als quatre reis d'Espanha*); á Rimbaldo de Vaqueiras, por fin, escribir en castellano, ó mejor, en gallego, los versos más antiguos que se conocen en esta lengua (*Mas tan temo vostre pleito*).

Pero hay más; que si esto sólo fuera, no bastaría á demostrar mi tesis; son innumerables las citas que pudieran hacerse, y yo haría, si se tratase de un libro en vez de un discurso y de un acto como estos, para los cuales tengo que reducir y concretar los argumentos, á fin de cansar vuestra atención lo menos posible y abusar lo menos posible de vuestra benevolencia. Son infinitas, repito, las poesías de los trovadores, cuya simple lectura dá á conocer la intervención que aquellos poetas tuvieron en Castilla y en las cosas ó intereses de este reino. Los trovadores se agrupan junto á Alfonso VIII, Fernando *el Santo* y Alfonso *el Sábio*, especialmente en torno de éste último, que les distingue, les colma de honores, los llama hasta á sus consejos, *tensiona* con ellos en habla provenzal, y, cuando la caída de la Dinastía tolosana, les ampara con tan hidalga y completa hospitalidad, que hasta ha podido sospecharse, con cierto fundamento, que llegó á ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje.

Durante el reinado de estos Monarcas, Guillermo de Bergadá se refugia un día en Castilla huyendo las venganzas y los odios provocados por sus punzantes *serventesios*; Hugo de San Cyr manifiesta en sus versos el deseo, por fortuna no logrado, de que el Monarca castellano apoye á la Francia y á la Iglesia contra Tolosa; Elías Cailier ensalza al Rey de Leon; Guillermo Ademar habla de sus amores con una dama castellana; en las obras de Beltrán de Allamanón, de Soldel *el Mantuano*, de Acomar *el Negro*, de Galcerán de San Didier, de Beltrán Carbonell, de Bartolomé Giorgi, de Ramon de la Tor, de Paulet de Marsella, de Beltrán de Rovenhac, de Beltrán de Born el hijo, de Aymerico de Belenoy, de Elías Fontsalada, de Arnaldo Plagués, de Ramon de Castelnau, de Pedro Roger, de Sabarico de Mauleón, de Folquet de Lunel y de otros muchos, se hallan frecuentes alusiones á Castilla, repetidas alabanzas á sus Reyes, juicios y consideraciones sobre la política castellana, elogios de damas y barones de estos reinos.

Hugo de l'Escure ocupa un empleo en la corte del Monarca castellano, al cual dedica y consagra sus poesías; Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa y preparó el levantamiento de Provenza, está en íntimas relaciones con el Rey don Alfonso y, de acuerdo con él, combina sus planes políticos; Pedro Gilhem traza un cuadro de las cosas que pasan en la corte de Castilla; Savarico de Mauleón llega á estos reinos acompañado de otros poetas de su país, y asombra con el lujo y ostentación que despliega; Ramón Vidal escribe su novela de *El celoso castigado*, para solaz y en-



tretenimiento de la Reina de Castilla y de sus damas; Ebles abandona su apellido para tomar el de *Sancha*, único con el cual la posteridad le conoce, por amor á una dama castellana; otro poeta provenzal, llamado Pedro, se apellida *el Español* por recuerdo á estos países; y, finalmente, Bonifacio Calvo es el favorito de D. Alfonso *el Sabio*, llega con su apoyo á los más altos honores, sirve con sus poesías los designios del Rey, intima con una Princesa de sangre real, excede á todos en privanza, influye en la vida política del reino, toma parte acaso en la redacción y compilación de las *Cántigas*, y escribe una de sus obras para aconsejar al Monarca que haga de su corte una corte de Provenza, centro de júbilo, de poesía, de prez y de cultura.

El consejo de su poeta favorito estuvo á punto de ser aceptado por Alfonso *el Sabio*, pues es indudable que acarició la idea de restaurar la poesía provenzal cuando esta fué arrojada de Provenza por los franceses invasores, y de aposentarla en Castilla, haciéndola revivir en este reino como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Altas razones políticas pudieron impedir á Don Alfonso la realización de este proyecto, que llegó á intentar; pero es de todas maneras sabido, y es hora ya de hacerlo constar, que aquel sabio Monarca fué poeta provenzal y trovó en este idioma. Ahí están con sus *Cántigas*, á las que no es ciertamente extraño el gusto provenzal, sus poesías en contestación á las que le dirigieron los trovadores Nat de Mons y Giraldo Riquier, y por cierto que si en la primera de ellas puede alguno encontrar tendencias de libre-pensador, en la segunda hallarán todos excelencias de sentido y verdadero poeta.

Basta, señores Académicos, esta sola enumeración, aun hecha atropelladamente y á la carrera, para demostrar que aquellos poetas no pudieron pasar por Castilla, ni intervenir así en sus cosas públicas, ni hacerse tan populares con sus cantos, sin dejar huella de su paso y de su existencia, sin influir en la lengua y en la literatura del país. Efectivamente, los primeros poemas castellanos están llenos de frases y voces lemosinas; infinidad de vocablos castizamente provenzales y catalanes hay en vuestro propio *Diccionario de la Lengua Castellana*, y sobre tres centenares de ellos, rápidamente cogidos al vuelo, os presento aquí por nota:

Y aún hay más. Las huellas que aquellos poetas dejaron en nuestra literatura castellana son evidentes y están al alcance de cualquiera que se tome el trabajo de estudiar con crítica este asunto.

No hablo ya del *Libro de trovas* del Rey don Dionis, ni del *Cancionero del Vaticano*, donde los poetas gallegos y portugueses, aparecen como legítimos y verdaderos trovadores, con el espíritu de éstos y con todas sus mismas buenas y malas cualidades; no hablo tampoco de las *tensiones*, *pastorelas*

y *vaqueiras*, género de poesía provenzal que hubo de quedar aclimatado en la literatura gallego-portuguesa.

Hablo de tiempos posteriores y de épocas en que negar esta influencia es una temeridad, muy patriótica quizá, no lo pongo en duda, pero muy arriesgada y peligrosa.

Todo inuce á creer y demostrar que los provenzales inventaron la rima y las combinaciones métricas; pero aun cuando no fuera así, como algunos sin bastante fundamento suponen, es indudable que la llevaron á un grado tal de perfección y de primor, que por necesidad debían ser imitados por los poetas castellanos en sus decires y canciones. Pero no sólo es su forma, si que también en el fondo resalta la imitación.

El carácter subjetivo de la poesía provenzal lo tiene marcado en sus comienzos la poesía castellana.

La romancesca vida de Macías *el Enamorado* y de Rodriguez de Padrón *el Triste*, sus trovas y canciones refiriendo sus cuitas y lamentando sus amores contrariados, ¿qué otra cosa son sinó vidas y obras de aquellos trovadores provenzales que morían como Guillermo de Caoestany, víctima de los celos de un marido, ó que despues de haber aspirado al amor de una Reina, como Bernardo de Ventadorn, iban á enterrarse vivos en las soledades sombrías de un vetusto Monasterio?

Si en las *Cántigas* del Rey D. Alfonso *el Sabio*, si en los versos de Rabi don Santo, si en las obras del fecundo Arcipreste de Hita se vé clara y evidente la imitación lemosina, la imitación, y el género, y la esencia, y el espíritu, y la forma, y el fondo, todo lo tienen los poetas comprendidos en nuestros primeros cancioneros, singularmente en el de Baena.

Prescindiendo aún de que la sociedad castellana de entónces tenía muchos puntos de contacto con la sociedad de Provenza, y que en una, como en otra, el respeto y homenaje á la dama alcanzaban toda la importancia y solemnidad de un culto, ¿qué son aquellos poetas del *Cancionero de Baena*,—por ejemplo, y por referirme sólo á ellos en este caso,—que son sinó los sucesores legítimos y naturales herederos de los poetas lemosines, que con sus cantos habían dado tanto realce y esplendor á la corte de Castilla? ¿qué son aquellas *Adivinanzas oscuras* y aquellas *Couplas de consonantes doblados* de Alfonso Álvarez, sinó las *Devinallas* y *Coblas encadenadas* de los provenzales? Los decires de Micer Francisco Imperial, ¿qué son sinó *Cancós* y *Descorts*? Las *Fynidas* que se encuentran en casi todas las poesías del *Cancionero de Baena*, ¿qué son más que las *Tornadas* de los trovadores? Las *Requestas* y *Preguntas* y *Respuestas* y *Replicaciones* de Ferrant Manuel, Alfonso Sanchez, Juan de Baena, Alfonso Álvarez y otros, ¿son por ventura distinta cosa que los *Partiments*, los *Fochs partits* y las *Tensiones* provenzales? ¿Qué son sinó *serventesios* el *Degir que Ruy Paes de Rivera fiso é ordenó al Rey nos-*

*tro señor quando desbarataron é vengieron á los moros de Granada*, el otro *Degir de Pero Ferris al Rey D. Enrique*, que tiene todos los visos de estar calcado sobre uno de Bonifacio Calvo á D. Alfonso *el Sabio*, el *Degir que envió Juan de Baena al señor Rey sobre las discordias por qué manera podían ser remediadas*, y otras muchas composiciones de este género en aquellos cancioneros continuadas? La poesía de D. Álvaro de Luna, el Condestable, diciendo que

Si Dios nuestro salvador  
hobiera tomar amiga  
fuera mi competidor,

¿en qué se diferencia de aquella trova provenzal de Bonifacio Calvo á una su amiga, prima ó sobrina de Alfonso *el Sabio*, donde dice que «si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, su amada sería sólo la elegida?»

Y viniendo á tiempos más modernos aún, no sería difícil suponer que el autor de *El desdén con el desdén* hubo de buscar los conceptos de su más bella escena en aquella poesía de Aymerico de Peguilhá, *Car li ueill son dragoman-del cor é l'ueill vaun vezer*, como no sería tampoco muy aventurado pensar que la celebrada fábula de Juan Ruiz de Alarcón en su *Exámen de maridos*:

Un aguacero cayó  
en un lugar, que privó  
á cuantos mojó, de seso.....

pudo ser inspirada por la *faula* de Pedro Cardinal, que comienza así también:

Una ciutat fo, no sai quals  
on cazet una plueia tals  
que tout l'ome de la ciutat  
que toquet, foron dessentat.....

Lengua y literatura castellanas, si bien se examina, deben reconocer que en su origen entraron por algo, al menos, la lengua y la literatura provenzales.

No hay que empeñarse en desconocer esa influencia, cuando, lejos de ser en menoscabo de este reino, es en gloria suya, ya que aquella lengua culta y literaria no vino á imponerse como conquistadora ó intrusa, sinó que llegó atraída y llamada por Castilla, al conceder espléndida y regia hospitalidad á sus escogidos cultivadores. No debe negarse esa influencia á la literatura provenzal, como no pueden ni deben negársela tampoco la catalana y la portuguesa (y ésta mucho menos aún), las dos lenguas históricas que en torno de la castellana, aparte siempre la singular eúskara, han de venir á formar un día, cuando España vuelva á ser una, que lo será, los tres idiomas latinos de la nación peninsular y las tres literaturas españolas, ya que éllas tienen también los tres romanceros, las tres tradiciones y las tres historias, pudiendo presentar Castilla su poema del Cid refrendado por Cervantes, Cataluña su



Crónica de D. Jáime *el Conquistador* legalizada por Ausias March, y Portugal-Galicia sus *Cántigas* de D. Alfonso *el Sábio* visadas por el gran Camoens.

Ya nuestras preclaras Academias españolas, comprendiendo las necesidades que consigo traen el progreso y el siglo, salieron al encuentro de esta idea que flota en la atmósfera. No hace ciertamente mucho tiempo que, á raíz casi de haber celebrado esta vuestra noble Academia, ante un Monarca portugués, una solemne sesión para hacer constar la fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, uno de vuestros ilustres individuos, el señor D. Manuel Cañete, iba á presidir los Juegos Florales catalanes en Montserrat, al propio tiempo que otro digno individuo de la Academia de la Historia, el Sr. Romero Ortiz, presidía los de Galicia en Pontevedra.

Ello se realizará, señores Académicos, que las cosas humanas acaban por ser siempre lo que han de ser. Y se realizará, y se hará, para mayor fuerza y mayor consistencia de la unidad española, que en lugar de reducirse, tiende, y ha de tender siempre, á ensancharse y fortalecerse, ya que sobre la haz de la tierra no existe otro país donde el sentimiento de nacionalidad se revele más vigorosamente que en el nuestro, ni hay otro donde el patriotismo nacional brote con más acentuados y varoniles caracteres que en España.

Patente demostración de esta verdad es aquí todo: literatura, costumbres, tradiciones, historia. Vedlo sinó en nuestra poesía, la de la corte y la del pueblo, la antigua y la moderna, la nacional y la regional; vedlo en nuestros cantares y romances, que no morirán nunca porque son el poema de nuestra patria, la epopeya de nuestras glorias. Sea cual fuera la lengua ó el dialecto en que un español exprese sus sentimientos, como deje hablar á su corazón, allí resalta el amor á la patria común: que esto es lo que tiene de singular y característico nuestra poesía, precisamente lo que no tiene poesía ninguna de otro país, al menos en el grado que ella.

En las extranjeras no existe ningún sentimiento que predomine y las imprima sello y carácter, sucediendo, por lo general, que los autores van á buscar sus ideales, sus asuntos y hasta su inspiración, fuera del centro en que se agitan y viven; pero en los españoles, pero en el canto de *Altavísca* de los eúskaros, pero en el castellano Cervántes, pero en el catalán Jáime I, pero en el lusitano Camoens, pero en nuestros líricos del siglo de Oro, pero en nuestros selectos cantares y en nuestros monumentales romanceros, hay un móvil que supera á todo, un sentimiento que á todos domina, que seduce, que arrastra, que avasalla, que se impone: la patria, la patria española con sus cielos espléndidos, que hacen pensar y creer en Dios; con sus mares inmensos é infinitos, que hacen pen-

sar y creer también en la libertad y en la independencia; con sus ágrias montañas, que escalan el cielo y que son nidos de glorias inmarcesibles; con ríos caudalosos como el Duero y el Tajo, que naciendo en las montañas de Castilla y de Aragón, no quieren precipitarse en el Occéano sin ántes recorrer el Portugal, como para recordarle que es tierra española; con sus cantares de Córdoba y Granada, sus leyendas místicas de nuestros solitarios cenobios, sus recuerdos de capa y espada de Madrid y de Toledo, sus anales caballerescos de León y de Burgos, sus sobrealzadas gestas de la robusta Asturias, sus peregrinas tradiciones de la verde Galicia, sus empresas marítimas y sus fastos consulares de la ingente Barcelona, sus trovas lemosinas de la bella Valencia, sus varoniles enseñanzas de Zaragoza y de Caspe, sus rudas empresas de los valles eúskaros, que todo esto es la patria, que todo esto es España, nuestra querida, nuestra idolatrada España, para la cual canta Camoens en castellano, para la cual pelea el catalán en los riscos del Bruch y en los inmortales muros de Gerona, para la cual resiste el navarro en Roncesvalles, para la cual el extremeño Hernán-Cortés vá á conquistar la Nueva España y el vasco Elcano dá la vuelta al mundo; España, la tierra que nos sustenta, el cielo que nos cobija, la que es tumba de nuestros padres y lo ha de ser de nuestros hijos, la bandera bajo cuyos pliegues todos cabemos, y la idea que nos une á todos y á todos nos hace hermanos.

## HISTORIA DE LAS COLUMNAS.

(CONTINUACION)

**C**OLUMNA CORINTIA.—Algunos sabios han creído que la decoración corintia había sido tomada del capitel egipcio, atribuyéndose su invención á Callímaco, arquitecto, escultor y pintor que floreció hácia el año 450 de nuestra era.

Se cuenta que una jóven, hija de Corinto, estando para casarse, murió repentinamente, y que la nodriza de esta jóven reunió todos los objetos que habían sido más queridos de la difunta, colocándolos dentro de una cesta de mimbrés, que depositó en el paraje donde el cuerpo había sido enterrado. Para colocar los objetos al abrigo de la intemperie, recubrió la cesta con una gran teja; una planta de acanto, puesta á su alrededor, envolvió con sus grandes hojas este modesto monumento.

Callímaco, habiendo observado esta graciosa combinación producida por la casualidad, imaginó el copiarla y aplicarla á la decoración de los capiteles.

Sin detenernos en esta fábula, diremos que el orden corintio, que es, con razón,

mirado como el sistema arquitectural más rico, ha sido aplicado por los griegos á varios monumentos.

Se puede mirar como capitel corintio primitivo el que provino del templo de Apolo á Branchide.

La parte inferior de este capitel está ornada de una hilera de hojas imitando las de acanto salvaje, siendo sin duda el capitel que Callímaco perfeccionó, dándole casi las mismísimas formas que vemos tomar por los romanos á partir del reinado de Augusto.

La base, la voluta y el cuerpo de la columna son las mismas que las del orden jónico, pero esta columna parece abalanzarse á causa de la elevación del capitel.

Se vé en el capitel de esta columna que presenta, empezando por su parte inferior, una hilera de pequeñas hojas de *loto*, después otra hilera de hojas de *acanto*, viniendo luego los adornos de matas que contornean el abaco de la columna, en las que sobresale una flor, viéndose, en fin, al centro del cimacio una palmeta en forma de florón.

Segun Vignole, á esta columna se le dan 20 módulos seis partes de elevación, esto es, 14 y media partes para la base y dos módulos seis partes para el capitel.

Esta columna pertenece al tercer orden, presentando estrias en las griegas y frecuentemente unida en la arquitectura romana.

Ejemplos el templo de Vesta en Tivoli, las columnas del Vaticano, el panteón del templo de Faustine y en el frontispicio de Nerón en Roma.

*Columna del orden compuesto.*—Los arquitectos que en el siglo XV estudiaban los monumentos de la antigüedad, dieron el nombre á la columna de este orden de una variedad del orden corintio, en la que los capiteles estaban decorados con volutas jónicas.

Los sábios están acordes en negar la existencia de este orden arquitectónico, haciendo observar, en efecto, que en el arco de Titus, en el que se ha querido encontrar el tipo de esa pretendida composición, está ornado con cuatro columnas que, por su forma y composición, son verdaderamente corintias, puesto que la decoración del capitel no puede por sí sola constituir un orden especial.

Si, pues, cedemos una plaza al tipo compuesto que ha servido de modelo á los arquitectos modernos, y que se aplica desde hace más de dos siglos á un gran número de edificios, es para continuar la columna de este orden, que describiremos en el número inmediato.

Ramón Farrerón Sala

(SE CONTINUARÁ)

MADRID --1883

IMPRESA DE P. NOZAL

CALLE DE LAS HUERTAS, 59